UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

V

ENTRE LA ESPADA Y LA PARED

—No sé si conoces á mi prima Isabel Carvajal, la hija de la Marquesa de Pardomino—continuó Alvaro cuando acabó de beber tras del chocolate su vaso de leche de las Navas.—La debes de conocer si te has fijado, porque me habrás visto con ella alguna vez, especialmente en el invierno anterior, que solía estar en una platea del teatro de la Comedia, á la izquierda: una muchacha rubia, delgadita, esbelta, graciosilla...

—Sí, una rubia muy hermosa,—le dije interrumpiéndole.

—No me atrevía yo á decir tanto—me contestó Alvaro;—pero la verdad es que antes me parecía muy hermosa...

—Y lo es, no se puede negar—le dije:—la conozco; no creía que fuera tu prima...

—Casi no lo es, ¿sabes?—dijo mi amigo;—el parentesco puede decirse que ya no le

alcanza un galgo; pero estamos acostumbrados á llamarnos primos, porque se lo han llamado nuestras madres, porque creo lo eran nuestros abuelos...

—Lo que creía yo es que era tu novia—añadí.—Te he visto muchas veces con ella en el teatro, en paseo, en Misa, y creía que estábais en relaciones.

—Sobre eso yo te diré—me contestó Alvaro, haciendo luego una pausa como para discurrir la manera de expresarse más clara y precisa.—Nunca la he declarado á mi prima que la quiero ni que me gusta, así, *in terminis;* pero se lo he dado á entender mil veces y de mil maneras: acompañándola á todas partes, como has visto; enviándola flores ó dulces con cualquier pretexto; hablándola siempre con especial cariño; diciéndola, cuando me ha hablado de alguna mujer hermosa ó me ha dado broma con alguna conocida, que no me gusta, que no es mi tipo; pintándola mi ideal de mujer, cuando me ha preguntado sobre ese punto, con cualidades idénticas á sus propias cualidades... Ya ves que más claro... ni el agua. Ella, á su vez, ha venido haciendo conmigo otro tanto: darme á entender discretamente que conocía mi inclinación, que no la desagradaba, y corresponder á mi afecto mostrándose siempre conmigo amable y cariñosa. Después mi madre y la su-

ya tratándose con afectuosa intimidad, y no disimulando la satisfacción que las causa el vernos siempre juntos... En fin, que mi boda con mi prima era hasta este verano una cosa de la que nadie había hablado una palabra, pero en la que pensábamos todos los interesados en ella... Ni se me ocurría á mí que podía casarme con otra mujer que no fuera Isabel, ni creo que se la ocurriera á ella que podía casarse con otro hombre. Ya ves que sin ser novios precisamente, porque te repito que jamás habíamos hablado una palabra de amor, no tiene nada de extraño que nos hubieras tomado por tales.

Pues bien: Isabel, mi prima, á quien yo suponía en Gijón con su madre y su hermano, pues para allí se habían despedido en Madrid, estaba en La Festosa; y en cuanto llegamos nosotros, lo supo y vino con su hermano á ver á mi madre.

En otra cualquier ocasión, tres semanas antes, verbigracia, me hubiera yo alegrado muchísimo de encontrarme allí con mi prima, hubiera tenido á gran dicha el encuentro; pero aquel día y en aquella ocasión, lejos de alegrarme y de parecerme ventura, le tuve por una desdicha, y me produjo contrariedad verdadera.

Estaba yo ya casi consentido en hacerla traición, faltando... no á mi palabra, que esto nunca lo hubiera hecho... ni tampoco

necesitaba hacerlo, pues, como te he dicho, no la había dado ninguna; pero faltando, sí, á mi propósito exteriorizado en cierto modo, si no en palabras, en acciones, y por ella perfectamente comprendido... Iba yo allí precisamente con el intento de avanzar en mi nuevo amor; pensaba utilizar aquellas fiestas con todos sus episodios favorables al desarrollo de la confianza y de la intimidad, para conocer á la mejicana, tantear su corazón, declararla mi sentimiento, y si era bien acogido, quedar ya con ella en relaciones formales... De manera que la presencia de mi prima no podía menos de serme enojosa.

¿Qué iba á ser de mí en tales circunstancias?... ¿Qué iba á hacer?... ¿Iba á abandonar, aunque no fuera más que temporalmente, la comenzada empresa de conquistar el corazón de aquella otra mujer encantadora que en cuatro días me había robado el mío, empresa de cuyo buen resultado hacía yo depender por aquel entonces mi felicidad en el mundo?... Imposible. Ni podía decidirme á abandonar el campo, ni tampoco á suspender las operaciones, no solamente porque no volvería á encontrar otras circunstancias tan á propósito para mi empeño como las fiestas aquéllas, sino porque la suspensión equivalía al abandono y hacía segura la derrota.

Recordaba yo haber leído en un hermoso libro de mística esta sentencia en que su insigne autor quiso encarecer la necesidad de caminar sin descanso hacia la perfección y la imposibilidad de hacer alto en el camino de la virtud:

Cuando adelante no vas,
Piensa que vuelves atrás;

sentencia que corroboró en otra parte con un ejemplo, diciendo que en el río el pez vivo suele ir agua arriba y el pez muerto va siempre agua abajo. Esto mismo sucede en todas las empresas y en todos los empeños de la vida; esto mismo pasa en el río de los acontecimientos humanos: braceando sin cesar contra la corriente, se adelanta algo, aunque sea poco; se va agua arriba; pero si uno se para con intento de permanecer quieto en el sitio en que está, no lo consigue, sino que retrocede, le lleva el agua.

«¡Valiente amor será el suyo! ¡Vaya un interés el que tiene por mí!» diría seguramente la americana, si yo, después de haberme insinuado tan á prisa, dejaba indiferente pasar aquellos días de las fiestas sin dar un paso más en el camino de agradarla. Lo menos que haría después, cuando yo quisiera volver á emprenderle, sería to-

marlo á broma, y me costaría gran trabajo conseguir que creyera en mi formalidad, ó ni con trabajo lo conseguiría.

Para suspender sin daño grave la empresa comenzada, necesitaba volver á marcharme de La Festosa... Pero ¿cómo me marchaba de allí á las pocas horas de haber llegado? ¿Con qué pretexto?... ¿Cómo la decía á mi madre que debíamos volvernos inmediatamente á nuestro retiro, después de haber inventado mil argumentos para hacerla creer que debíamos ir á las fiestas?...

Y no siendo posible la marcha ni el paréntesis ideado, ¿qué iba á hacer?... ¿Continuaría haciendo el amor á la mejicana delante de mi prima?... En rigor nada tendría de particular; pero... ¡tenía tanto!... Aparte de que era renunciar en absoluto á aquel ideal de que el corazón no estaba aún despegado del todo, sería una crueldad horrorosa...

Después de dudar mucho y dar muchas vueltas al caso sin saber qué decisión tomar, tomé la peor, desgraciadamente. Decidí por fin adoptar un temperamento medio, que me produjo el mal resultado que esos temperamentos producen siempre. Propúseme seguir obsequiando á la americana, pero teniendo cuidado de no extremar los obsequios delante de mi prima; y respecto de ésta, mostrarme con ella tan amable como siempre cuando estuviéramos en familia; pero mucho menos amable, rayando á la indiferencia, cuando hubiera público, y especialmente cuando pudiera verlo la americana.

Situación bien difícil la mía, como comprenderás, y llena de cuidados, que al fin y á la postre de nada sirvieron. Porque, efectivamente, toda mi táctica resultó inútil, y el tal temperamento medio me trajo en seguida todos los daños y todas las malas consecuencias de las dos soluciones radicales. La mejicana, que, como te he dicho, se iba presentando muy bien, comprendió desde luego que aquella otra mujer, mi prima, tenía sobre mí algún ascendiente, y se puso en guardia. Mi prima comprendió á su vez que la mejicana no me era indiferente, y discurriendo con agudeza femenil que habría de ser una rival terrible por su hermosura, por su riqueza y por el especial atractivo que en el voluble corazón humano ejerce siempre la novedad, entendió que sería lo mejor cortar el mal en el principio, quizá por haber leído muchas veces en el Kempis la traducción de aquel verso latino: *Principiis obsta*... y determinó abordar la cuestión de frente. Ya te diré cómo.

El mismo día de nuestra llegada á La Festosa empezaba ya la función á media tarde con la traída de la *joguera*, ó sea el combustible para hacer la hoguera por la no-

che, y el mayo que se había de pinar aquella misma tarde, al cual también llaman allí la *joguera*, por una confusión digna de académicos... Porque la *joguera* no puede ser otra cosa que la hoguera aspirando fuerte la hache y haciéndola jota, caso raro en aquel país, donde la suelen aspirar más suave y convertirla en efe, la hoguera tradicional, que se enciende en la plaza del pueblo la noche que precede á la fiesta; mientras que el árbol que se ha pinado el día anterior en la misma plaza se llama el mayo; y si en algunos pueblos le llaman *cucaña*, es por otra confusión lamentable: por confundir el árbol con la granjería que en dinero ó en especie se le suele poner en la copa como premio para el que le suba, que es lo que se llama cucaña.

Para coger las fiestas por la punta, como suele decirse, y no perder nada de ellas, salimos hacia la parte oriental del pueblo, que era por donde había de entrar la *joguera*, mi madre y yo con mi tía y sus hijos; y aún no habíamos dejado atrás las últimas casas, cuando ya vimos venir entre gran polvoreda un carro tirado por bueyes con esquilones, y cargado con un arbolejo no muy grande, que era el que iba á servir de mayo. Pertenecía el carro al sistema antiguo, con eje movible de madera y ruedas fijas en el eje, el cual, girando apretado en-

tre las trecheras *(tractorias)*, producía un sonido vivo, continuo y... desagradable, á lo menos de cerca, favorecido en el país con el nombre de *canto*, pues se dice que *canta* el carro cuando hace aquel ruido estridente. Luego venía, con los bueyes también muy esquilonados y también *cantando*, otro carro cargado de leña para la hoguera.

Detrás de los carros seguían dos coros de muchachas vestidas al estilo del país, tocando panderetas y cantando también, aunque de una manera mucho más agradable que los vehículos aquéllos y menos ruidosa, en alabanza de la excelsa titular de la cofradía y en elogio de los cofrades organizadores de la fiesta. En el primer coro, con su traje de aldeana y su pandereta como las demás, venía Amparo, que por lo visto estaba ya bien relacionada en la villa. La hice al pasar un respetuoso saludo desde la orilla del camino, y me contestó, sin dejar de cantar, con una ligera inclinación de cabeza.

—¿Quién es esa señorita?—me preguntó mi prima al instante.

—Una americana que está ahí en Trascumbres—la contesté,—y suele ir á bañarse á la playa nuestra: allí la he conocido...

—¡Qué guapa es!—añadió.

—Sí, no es fea,—dije yo, como por con-